



LA ESPAÑOLA INGLESA.

SE EXPONEN OTROS AMOROSOS SUCESOS DE RICARDO, é Isabela.

SEGUNDA PARTE.

AUmentaban con el llanto
los Padres de la Cautiva
del gran Reyno de Neptuno
las corrientes cristalinas:
Ricardo los consolaba
con amorosas caricias,
que aunque al parecer infiel,
observa la Ley Divina;
los persuadia con ruegos
le diesen claras noticias
de su historia, para ver
si igualmente convenia
lo que se pronosticaba
con lo mismo que él sabia;
y formando en sí un suspiro,
entre quexas doloridas,
en breve tiempo le dieron
de aquel caso las noticias.
Entonces el General
conoció por cosa fixa
que eran aquellos los Padres
de la que en el alma estima:
y con agrado, y dulzura
aliviaba sus fatigas,
sin descubrirse jamás,
ni decir que conocia,
ni de lo que ellos contaban
haber tenido noticia,
entre otras mil diferentes
razones que se decian.
Llevados del feliz viento
con prosperidad tranquila,
en dos dias, poco menos,
grangeáron las orillas
del Mar, y á Londres llegaron,
dan fondo, y la orilla pisan,
y solo á los dos Cautivos
se llevó en su compañía
á su casa, y con secreto
encargó que no les digan
nada, que importaba hacerlo
segun como lo decia.

la Reyna, y como ... la ...
tan galán y tan dispuesto,
á todos causaba embidia:
llegó á Palacio, y le hacen
el cortejo á su venida.
Hechos ya, pues, los aplausos,
dixo Ricardo, que habia
en el nombre de su Alteza,
para mas triunfo á su dicha,
dado libertad á todos,
que solamente traía
un hombre, y una muger,
que dixeron que querian
ver al Rey de Inglaterra,
y en su casa los tenia.
Quedó la Reyna con esto
en extremo agradecida.
Al instante dispusieron
el partirse á grande prisa,
á descargar los Bâjeles
de todas las mercancias.
Hecha ya esta diligencia,
Ricardo les notifica
á los Cautivos, que fueran
á Palacio, si querian
ver á las Personas Reales
que todos juntos irian.
Le obedecen, y los tres
fueron á las quadras mismas
de la Reyna, y se llegaron
en ocasion que salia
Isabela de su sala,
tan bizarra, y bien prendida,
que á no haber salido el Sol,
juzgaran que era ella misma,
pues la cadena de oro,
y la hermosa pedreria
de rubies, y esmeraldas
les empañaba la vista.
Llegó, y entre las Doncellas
ó el Sol que en candidez brilla
entre los demas Planetas,
pues Sol, y Luna tenia.
Atentamente sus Padres
la miraban, pues ya iba
la sangre hirviendo en el pecho;
que el corazon pronostica,
y en sobresaltos anuncia
ó el bien, ó el mal; regla fija
en donde es el parentesco
el movil que los inclina,
y por mas certificarse
con mas cuidado se arriman.
En este tiempo Isabela
estaba en la duda misma,
hasta que su amada madre
rompió al decoro las lineas,
y sin reparar en nada
se llegó á su propia hija,
y buscóle atentamente
una señal que tenia
de un lunar en la garganta;
luego que se certifica,
le echó los brazos al cuello,
diciendole: ¡Amada hija!
estrechamente se abrazan,
aunque hablarse no podian:
Abrazadas, en el suelo
cayeron amortecidas,
y por muertas las juzgaron,
y no fuera maravilla
que hubieran muerto, pues vemos,
que á veces quita la vida
una impensada congoja
ó una subita alegria;
tambien su querido Padre
sin dar lugar á que opriman
lagrimas que por su rostro
copiosamente corrian,

... requiebros ... cia.
De ver tan raro suceso
la Reyna se maravilla,
y todos á un mismo tiempo
absortos de lo que miran,
y ya todos informados
de tragedia tan no vista,
la Reyna le habló á Ricardo,
diciendo: Ya llegó el dia,
en que tus deseos tengan
fin por obras merecidas,
y el dar principio á tus bodas,
hoy mi intencion determina,
que estos nobles Españoles
aqui en mi Palacio asistan,
que ya que han venido á verme,
verán finezas crecidas.
No acertaba á responder
Ricardo con la alegria,
pensando que se acercaba
todo el colmo de sus dichas.
Mas la contraria fortuna
no paró aqui con sus iras,
que hay dichas que no se logran
sin pasar por las desdichas.
Fué la causa que á este tiempo
á la Reyna la servia
de Camarera una Dama,
la qual Señora tenia
un hijo de gran valor,
un Bernardo en valentía,
un Gerinaldo en galan;
pues quantas buenas partidas
de bondades hay, le asisten
y todas las comunica.
Era Conde, y tambien era
de aquellos de mas estima
del Rey, que por muy afable
este aplauso merecia.
Su propio nombre era Arnesto;
aqui ... puso la vista,
alma, aficion, y potencias
en la Deidad peregrina
de Isabela, de tal forma,
que en fuego de amor se ardia,
y no hallando facultad
de hablarla, verla, ú oírla,
entre si mismo á sus solas
varios conceptos se hacía,
que siempre un enamorado
anda con frases, y enigmas;
mas viendo que se acercaba
la union de las dos familias,
le participó á su madre
el mucho amor que tenia
á la Cristiana Española,
y que á no lograr tal dicha
proximo estaba á quitarse
tiranamente la vida
al impulso de un cordel,
ó de una punta á la ira,
ó que colerico, y ciego
violentamente daría
á Ricardo, é Isabela
la muerte con ignominia,
por no ver en otros brazos
el bien que adora, y estima.
Suspensa quedó la Madre,
al ver lo que se seguian
de desdichas, si su hijo
tan gran desacierto hacía;
que hay hombres de tan mal gusto,
que aventurando la vida,
pierden hacienda, y honores
por lograr sus rebeldias,
y siempre mas obstinado
quanto mas le persuadia,
porque el amor no repara,
ni dificulta salidas.
Dixole su Madre entonces
se detuviese, que iria

á hablar en esa mate[illegible]
á la Reyna, mas que i[illegible]
rezelosa, por saber,
que para el siguiente dia
se celebraban las bodas.
Quedó con esta noticia
haciendose mil conceptos
por ver si hallaba salida,
aunque en algo consolado,
porque su Madre tenia
mucha mano con la Reyna,
y este consuelo le anima.
Habló á la Reyna en efecto
diciendole, como iba
á proponerle la causa
de los extremos que hacía
el Conde por Isabela,
y quando pensó que iba
por el sí, lo halló trobado,
pues sin rodéos, ní cifras
le respondió que era tarde
para lo que pretendia,
porque ya estaba casada,
y su palabra tenia
dada al General Ricardo,
y que atrás no se volvia.
Con esta resolucion
quedó mas que nieve fria,
temiendose de decirle
al hijo la poca estima
que hacian de su persona
por su condicion altiva;
mas como le precisaba,
le fué forzoso el decirla:
quiso con un [illegible]gda
armarada darse muerte.
La Madre lo detenia,
diciendole, que no hiciese
cosa tan mal parecida,
que le daba su palabra,
de que no se gozaria
Ricardo con Isabela
á pesar de quien lo impida.
Intentó en su falso pecho
una infame alevosia,
y la crueldad mas enorme,
como falsa á la divina
ley de Dios Soberano,
y con exaltada ira,
llenó un vaso de veneno,
y como cosa de estima,
á Isabela por regalo
se lo dió en una bebida
enredado en sus entrañas
por señas de su enemiga;
porque no vive el leal
mas de los que el traydor cita.
Y aqui para proseguir
los rasgos en esta lira,
por no enfadar al oyente
con Historia tan prolixa,
Alonso Pablo Morales
al Auditorio suplica,
que si no les dá molestia,
en la tercera partida,
si con atencion lo escuchan,
promete de proseguirla.

F I N.